

**Alberto del Castillo: «Subirachs, en Galería Arturo Ramon», *Diario de Barcelona*, 12 de febrero de 1974**

Siguiendo la línea que se trazó desde un principio la nueva galería de la calle de la Paja ofrece otra exposición selecta: la de dibujos de nuestro gran pequeño escultor Josep María Subirachs. El dibujo es la piedra de toque de todo artista, en la que se muestra al descubierto sin los recursos de la técnica pictórica o escultórica. Con el lápiz, el carboncillo o la pluma no puede haber trampa ni cartón. Concretamente en el caso de Subirachs, cuando todavía no sabía que iba a ser escultor, manifestó su vocación de artista dibujando en la Escuela Superior de Bellas Artes. Ha dibujado siempre y los entendidos han sabido apreciar el interés de sus dibujos, que alguna vez han figurado, si no recuerdo mal, en sus exposiciones de escultura. Sólo en una ocasión, en 1971, exhibió obras de esta clase junto con grabados, en la muestra en lanua, en compañía del pintor Hernández Pijuán. Pero es ésta su primera exposición individual de dibujos. Treinta y cinco son los expuestos, de los cuales tres fuera de catálogo. No son dibujos preparatorios de esculturas, sino con entidad propia, con tema individualizado, aunque en todos ellos esté presente el escultor. Difícilmente podrían ser dibujos de pintor por el valor que en ellos tienen la forma y el espacio. Denominador común es la unidad técnica, la realización en tinta china sobre papel blanco; es decir, dibujos puros en el más estricto sentido de la palabra. También es patrimonio de todos el gusto por el oficio y la perfección formal.

Van desde 1954 a enero de 1974. Dentro de la individualidad de cada uno de ellos pueden diferenciarse en el conjunto grupos a través del tiempo, correspondientes a la evolución de su escultura. El primero serían los cuatro de los años 1954 y 1955, expresionistas, de cortantes estructuras angulares, más o menos duros, oscuros o claros. *Cecilia*, de 1956, señala un momento gaudiniano, con formas redondeadas y volúmenes más profundos, preludio de un espíritu nuevo, aurora de lo posterior. *Sirena*, de 1957, conduce a la abstracción de *Home i dona*, de 1959, persistente en *Ponent*, de 1962 y ya sólo en parte en *Homenatge a Orson Welles*, de 1965. *Dos personatges*, de 1969, es transcripción en dibujo de la época de los perfiles en la escultura, con

registro de la profundidad por el alargamiento de las líneas maestras hacia el fondo. Es el prelude de la fase de reversión a la figuración, de la cual los primeros ejemplos son *Figura e Immortalitat*, de 1971.

A partir de este momento, y mientras las imágenes se simplifican, la línea se hace más y más incisiva y los volúmenes ganan en profundidad, aparece lo erótico como factor obsesivo. *Petites diferències*, el primero de la serie, de 1972, con el triángulo como canon de la proporción del cuerpo femenino, remendando la “Regla de Oro” clásica, no sin cierta ironía. A la misma familia pertenecen los dos siguientes. Nos hallamos en la época de la escultura mágica y surreal. *Leda. Homenatge a Bernini*, en lápiz, es un tema por demás escabroso con el que muchos no se hallarán conformes. En *Reconstrucció*, el último de 1972, los volúmenes son como planetas geométricos flotantes en el espacio.

Desde *La Cariàtide*, de 1973, el volumen reclama mayor importancia y el artista recurre a las impresiones digitales para el sombreado de los volúmenes y para eliminar la dureza y la frialdad de la plumilla. *Paisatge*, del mismo año, marca el punto más crudo del erotismo y también su final en la exposición. En los cuatro dibujos siguientes, de 1973, el surrealismo y el simbolismo quedan libres de la pesadilla del sexo, yendo *Gènesi 2,7*, el único de 1974, más hacia la pintura que a la escultura.

Más que emocionar admira el dibujo de Subirachs por la potencia de la imaginación, por la multiplicidad de la inventiva y sobre todo por la perfección del oficio, por la entera belleza de las cosas bien hechas. Subirachs, gran escultor, es un dibujante sencillamente portentoso.